

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Toda la correspondencia, así política como administrativa, a nombre de

D. Miguel Sawa.

15 CENTIMOS NÚMERO
Idem atrasado, 30.

A CORRESPONSALES Y VENEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.



ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN MADRID...	Un mes..... 1 pesetas.
	» trimestre..... 2,50
	» año..... 10

FUNDADOR
EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN PROVINCIAS...	Un trimestre..... 3 pesetas.
	» semestre..... 6
	» año..... 12
EXTRANJERO...	» año..... 15

SILENCIO CULPABLE

A nadie se hizo proceso por callar, en sentir de nuestro clásico poeta. Pero cuando tal decía el vate que por esta vez no fué adivino, aún no había la reacción fernandina empapelado al brigadier Moscoso contra el cual pidió el fiscal nada menos que la pena de muerte por el delito de *no haber dicho nada*, en ocasión en que varios oficiales alababan en su presencia la Constitución.

La aplicación es ciertamente absurda; la regla, no. No siempre es lícito callar. Casos hay en que el silencio reviste carácter de delito. Un testigo llamado a declarar no puede legítimamente negarlo que sabe. No debe el abogado colar a su cliente su opinión sobre el punto que es objeto de la consulta. No es dueño el médico de guardarse para sí diagnóstico y tratamiento. El sabio está obligado a comunicar a todos las verdades útiles a sus semejantes que haya descubierto. Del propio modo cumple al periodista decir la verdad entera, sin otra limitación que la que puedan imponer en momentos dados las conveniencias generales ó razones de alta prudencia.

Fundase la vida social en una serie de convenios tácitos que, sirviéndonos de la tecnología romana, llamaríamos *cuasi contratos*. El libre trato entre las gentes se basa sobre el supuesto del mutuo, recíproco respeto. El que es admitido en la intimidad del hogar ajeno, adquiere implícitamente la obligación de no llevar a él la desgracia ó la deshonra. Del amigo se exige y se espera con razón más que del indiferente. La diferencia de sexos, de edades, de condiciones, implica, aun en la relación más superficial, exigencias determinadas. Toda esta serie de pactos tácitos deriva de un supuesto general.

La sociedad espera, como Inglaterra en Trafalgar, que cada uno cumplirá con su deber. Esta estipulación no ha menester de notario que la autorice. Sin duda, ningún periódico ha celebrado con el público el contrato expreso de ofrecerle la verdad completa y desnuda. No por eso falta menos a su misión cuando la desnaturaliza ó la oculta. Se puede engañar sin mentir. Quien presenta mutilada la imagen de la realidad induce a los demás en error, como aquél que empezara el Credo en Poncio Pilatos.

Que esta mutilación la perpetran hoy los periódicos de gran tirada, los que se dicen favoritos y órganos de la opinión independiente, nadie habrá que pueda negarlo. La tan celebre y renombrada *conspiración de silencio*, de que han venido quejándose con mayor ó menor razón muchos ecitejos de la fama, reviste en nuestros días singularísimo carácter. La naturaleza de lo que se calla revela bien lo que se pretende ocultar. Si en un establecimiento de enseñanza religiosa se comete por gentes de hábito delitos contra naturaleza, si un predicador energúmeno suscita tumultos y discordias desde la cátedra del Espíritu Santo; si los jesuitas arruinan a alguna infeliz, rica de dinero y pobre de espíritu; si una horda creyente apedrea la fachada de un templo evangélico; si se impone pena de tres años de presidio al transeunte que en uso de un derecho constitucional, se negó a descubrirse al paso del

Viático; si una monja desesperada se arroja a la calle desde una ventana ó huye del convento y reclama en vano el amparo de la autoridad; si se niega la sepultura eclesiástica a quien la pidió ó al que lo rehusó se le impone; si las celeberrimas Hermanas de la Caridad se muestran duras como hospitalarias y crueles como carceleras; si se malogra una maquinación clerical urdida para fundir mediante la calumnia a un hermano en Cristo; si llega a descubrirse todo un tráfico de irregularidades en el comercio de misas; si se da la puntilla a una moribunda obligándola, quieras que no, a recibir los últimos sacramentos... nada, nada sabrán las gentes de estas cosas ni de tantas otras al mismo tenor que suceden todos los días por los periódicos de gran circulación. Leyéndolos, nadie podría creer que vivimos en plena mojigatería. La amputación que hacen de la verdad es tanto más grave cuanto que lo suprimido constituye la nota peculiar, distintiva, característica de la actual sociedad española.

El motivo de tales omisiones es de pública notoriedad. La prensa que a sí propia se aplica el calificativo de independiente, se halla hoy sometida en absoluto a la férula del clericalismo. Este poder formidable tiene en sus manos el destino de las grandes publicaciones.

A este propósito los reaccionarios han dado ahora en una martingala que es una bendición de Dios. Después de todo, ¿qué piden ellos, los pobrecillos? La libertad; nada más que la libertad. ¿No son liberales? pues estableced la libertad. Pero ha de ser libertad verdadera, la auténtica, la legítima. Quiéren que, puesto que se les permite enseñar, se les deje examinar también, con lo cual están seguros de que sus alumnos van de obtener brillantes notas. Quiéren la libertad de predicar sin que nadie pueda irles a la mano, aunque el predicador convierta el púlpito en tribuna de club. Quiéren ser dueños de despoticar en sus congresos a todo su sabor sin sujeción a la ley ni pena. Quiéren que la captación de bienes sea lícita cuando es practicada por ellos. Quiéren que, en toda colisión, la autoridad esté siempre de su parte y la Guardia civil les preste siempre su secular concurso. Quiéren ejercer libremente su influjo, sobre todo en las altas regiones, cerradas a las influencias contrarias. Quiéren que se denuncie y persiga a los periódicos que le son adversos. Quiéren que el Concordato se cumpla en lo que les favorece y no en lo que les perjudica. Quiéren que las leyes se observen siempre que sea en su ventaja, y no cuando sea en su contra. Y una vez establecida así la verdadera libertad, exclaman llenos de ufania: —Es nuestra la culpa si, tan luego como desaparece la tiranía liberalasca, bajo un régimen de libertad legítima, nuestra influencia y nuestros prestigios nos hacen dueños y señores de la sociedad?

Posible es que la prensa de gran tirada consiga ir tirando al amparo del resellamiento; pero nunca habrá sido aplicada con mayor razón la censura del vate latino a aquellos que pierden por la vida las causas mismas del vivir. Si la misión de la prensa no consiste en lograr que algunas empresas ganen tanto ó cuanto, sino en defender los intereses colectivos, combatir los males públicos, guiar ó ilustrar a la opinión, semejante misión debe darse en España por frustrada. Los que pueden no quieren; los que quieren pueden poco. El daño que algunos periódicos hacen callando casi siempre equivale al que causaron hablando inconsiderada y temeraria-

MIS MUERTOS

Dentro de un túmulo regio,
y en un ataúd de oro,
guardo un cadáver egregio,
santas cenizas que adoro
y bendigo sin cesar.
Y en el rincón ignorado
de un cementerio olvidado,
otro caáver amado
duerme el sueño sepulcral.

Uno es materia, otro gloria;
uno es cuerpo y otro es alma,
vivo fulgor, yérta escoria,
frio olvido, santa calma,
negra sombra, ardiente luz.
Y por la excelsa memoria
de los dos, constantemente
está mi espíritu ardiente
siempre orando puesto en cruz.

PEDRO BARRANTES.

mente. Es triste cosa que los que tienen obligación de hablar enmudezcan, amparándose en la conocida máxima oriental: «El silencio es oro».

ALFREDO CALDERÓN.

¡TOROS! ¡TOROS!

¡Día grande en verdad, magna corrida!
Ocho toros y cuatro matadores.
Concurrencia elegante y bien comida.
Mantillas blancas, pañolones, flores,
majos y señoritos *amajados*,
alegría, calor, luz y colores.
Así disfrutarán los desgraciados
de tanta caridad los desperdicios,
bendiciendo a sus nobles diputados.
Que ya con el producto de los vicios
las personas benéficas, á veces,
reparten a granel los beneficios.
Las censuras se tornan en chocheos,
que el dinero será siempre dinero,
y buscar el origen son sandeces.
Pues ¿no es hermoso el ver cómo un torero
agoniza en las astas de la fiera
por algún fin humano, culto y clero?
¿Qué importa una cornada... pasajera,
si un rasgo generoso le ha movido
y le aplaude la gente placentera?
¡Espectáculo hermoso! ¡El hombre, herido;
la familia del diestro, desolada;
el pueblo, entusiasmado y... afligido!
Por más que, ya la escena renovada,
retirado el herido ó el difunto,
vuelve a rugir la mnebudumbre airada.
No hay negocio de Estado, no hay asunto
que no deje por ir a la corrida,
no el chulo, del chispero fiel trasunto;
la que se llama gente conocida,
ese todo Madrid que, por costumbre,
nunca falta a una fiesta tan lucida.
No hay miseria, no veis la pesadumbre
del que allá en un rincón muere de pena
sin pan, desnudo, y sin que el sol le alumbré.
Mientras la Plaza, de personas llena,
toda es luz y colores y alegría,
y nadie para en la desdicha ajena.
Se cuenta que un ministro asistió un día
a la fiesta llevando el telegrama
de AQUELLO DE CAVITE... ¿Quién sería?

BÍBLICA

Y he aquí que de pronto se obscureció el sol y se hizo la noche y cantó el Gallo Alcántara, y Fernanflor cerró su corola.

Y Pidal, seguido de sus neos, salió a la calle en paños menores, gritando:

—¡Castigo del cielo!

Y a Silvela le encaneció la barba y sintió cómo se le mellaba su *florentina*.

Y a Dato se le cayó el poco pelo que le quedaba, y amenazó con suspender las garantías constitucionales en toda la Península.

Y Villaverde tembló como la hoja en el árbol, y se le encogieron las energías.

DON QUIJOTE



EL GRAN ECLIPSE

Lit. de la Vinda de M. Bautista, Jesús del Valle, 27.

Ayuntamiento de Madrid

Y Azcárraga, que sufría en aquellos momentos los horrores de la digestión, creyó morir y se encomendó a Polavieja.

Y García Alix lloró viendo cómo se le iba la cartera. Y Aguilar de Campoo hablaba en francés y en alemán al mismo tiempo, y nadie le entendía.

Y el marqués del Vadillo se ocultó en el lugar más apartado del ministerio, y allí se desahogó.

Y el joven Gasset, llamaba a voces a Ortega Munilla para que le sacase del pantano en que se había metido.

Y Martínez Campos, ebrio de gozo, llamaba al orden al conde de las Almenas, golpeando la mesa presidencial con una botella.

Y Allendesalazar sintió que le disminuía el bastón y ocultó el feo rostro en el pecho de un concejal, llorando lágrimas procedentes de la última turbia de Lozoya.

Y los inominados de la mayoría corrían por el Salón de Conferencias, gritando:

—¡De todo esto tiene la culpa Paraíso.

Y los abuelos de la patria, sobrecoigidos de espanto, rasgaban sus vestiduras, demandando el auxilio de la fuerza pública.

Y el miedo no era sólo conservador, que también era fusionista.

Y Sagasta pidió a Pablo Cruz una jofaina, y a imitación de Pilatos, se lavó las manos, que por cierto las tenía bastante sucias.

Y Gamazo eructó «discretamente», y se tapó la cara con un número de *El Español*.

Y Romero cargó con una escalera de mano y se dirigió al Ministerio de Hacienda.

Y Canalejas dijo:

—Esto me lo sabía yo desde hace tiempo.

Y se frotó las manos de gusto.

Y Weyler no dijo nada; pero se vistió de limpio y estrenó traje.

Y a Polavieja parecía como se le saltaban todos los ojos.

Y el duque de Tetuán, muy satisfecho, decía a Navarrete:

—¡Si nos hubieran llamado a nosotros!...

Y he aquí, que según los profetas, volverá a salir el sol antes de los que muchos se figuran, y entonces lucirá para todos.

Así sea.

Y nosotros que lo veamos.

¡DON PACO!

*El violín debe ser
del que le sepa tocar,
conque deje usted el poder
y váyase usted a mandar
llover.*

*Toca usted de una manera
que ya la nación entera
quiere que llegue usted al fin.
¡Belo usted el violín
a cualquiera!*

*¡No ve usted por los silbidos
conque acoge sus sonidos
el público tolerante,
que ya le ha hurgado bastante
los oídos?*

*Atienda usted a sus razones,
basta de contemplaciones;
¡hombre, por amor de Dios,
que están hartos hasta los...
melones!*

*Y va llegar un momento
en que el público, cansado,
haga horrible su tormento,
rompiéndole el instrumento,
por pesado.*

*Deje de desafinar,
echando a un lado el poder,
y no vuelva usted a olvidar
que el violín debe ser
del que le sepa tocar.*

J. SAMANIEGO L. DE CEGAMA.

El capitalista.

—«Yo soy árbitro soberano, autócrata. Yo poseo un talismán que me hace señor y dueño de mis semejantes. Miles de hombres trabajan porque yo viva, y mueren porque yo goce. En el fondo de la mina, en la cresta de la montaña, en la estepa siberiana como en la selva tropical, ante la forja llameante como sobre la insalubre laguna, en el estrecho zaquizamí como en la extensión del vasto Océano, mis esclavos multiplican sus esfuerzos y consumen su vida por satisfacer mis caprichos. Yo dispongo de las energías sociales y las encamino a mi antojo. Yo hago bien ó mal, virtud ó vicio, a medida de mi deseo. Puedo ilustrar, redimir, ennoblecer. Puedo corromper, embrutecer, esclavizar. Soy amo de concien-

cias, propietario de honras. El trabajo es mi siervo, la indigencia me paga tributo. Yo represento al derecho sin obligación. Nada debo a la sociedad que me lo debe todo. Con nada estoy obligado a contribuir a la labor colectiva. Mi soberanía no nace del merecimiento ni se gana con el esfuerzo; bástanle como títulos el azar de la herencia ó el capricho de la fortuna. La ley sanciona mi despotismo, la fuerza pública está al servicio de mi tiranía. ¡Ay del que ose atentar a mi fuero ó contrastar mi indiscutible autoridad!

¿Quién puede, sin mentir, expresarse con tanta arrogancia? ¿Será el despota oriental hijo del sol y rey de reyes? No; ese, mal ó bien, ha de gobernar el rebaño de sus súbditos. ¿Será el César omnipotente, dueño del mundo, Dios en la tierra, ante cuyos altares se hacen libaciones y se sacrifican víctimas? No; ese debe a la elección tumultuaria del pretorianismo un poder precario y disputado. ¿Será el prócer medioeval, pequeño soberano autónomo, señor de horea y cuchillo? No; ese está ligado por juramento a sus superiores en la jerarquía feudal y les es deudor de ayuda y de servicios. ¿Será el monarca de derecho divino que encarna y personifica al Estado? No; ese es el menos libre de los hombres, súbdito de la púrpura, esclavo de la grandeza, amarrado al carro de su propia majestad. ¿Será el órgano de la divinidad entre los hombres, el representante y vicario de Dios? No; ese se halla, más que otro mortal alguno, sometido a las exigencias de su función y ministerio. El poder omnimodo, absoluto, indiscutible; el poder sin restricción, sin responsabilidad, sin deberes, una sola personalidad le ha poseído en el mundo hasta aquí: yo, el capitalista.

SARCASMO

Murió Jesús pidiendo en su agonía
perdón por la salvaje turba impía
que fue al Calvario de la cruz en pos.

Y hoy esta sociedad cristiana y buena
a un desgraciado a muerte le condena
¡en el nombre de Dios!

TOMÁS GUTIÉRREZ PERRÍN.

CUENTO

«Don Caralampio Basanta,
duque del Despertador,
marqués de Vallemenor,
conde de la Casa Santa,
barón de las Aguaderas,
vizconde de Blancas Olas,
gran cruz de tres españolas
y de catorce extranjeras;
ex regente de la Habana,
senador por Albacete,
ha fallecido ayer siete,
a las diez de la mañana.»

Así la esquela corrió,
de tan grande hombre reflejo,
y al ver pasar el cortejo,
que todo Madrid siguió,
tras dos ternos soberanos
dijo una chula en el río:
—¡Qué atracon de señorío
se van a dar los gusanos!

EUSEBIO BLASCO.

PARAISO

No sé quién, un gran psicólogo, ha dicho: «Fulano (aquí un nombre que no recuerdo) debe valer mucho cuando con tal saña se le combate y con tanta crueldad se le injuria.»

Leyendo la prensa ministerial—la que cobra y la que está a punto de cobrar—ha venido a mis mientes esta justísima observación del psicólogo... Sí; Paraíso debe valer mucho, cuando de tal modo le tratan algunos...

Es ya una obsesión. En un número de *La Epoca*—cualquiera—hemos visto citado hasta dieciséis veces el nombre de Paraíso.

Ese nombre suena en todas partes, en el hogar y en las calles, discutido siempre.

¿Quién es Paraíso? ¡Tremenda interrogación! Para los que le conocemos es una esperanza; para los que no le conocen, acaso lo sea también.

Ese hombre, injuriado, calumniado, perseguido por la gente de arriba, ha llegado a ser, sin él pretenderlo, la primer figura política de España.

Nosotros creemos, y fiamos al tiempo la verdad de nuestras palabras, que Paraíso en este y en todos los momentos, sabrá cumplir con su deber y sacrificarse por el bien de la patria.

Y ¡ay! de él si así no lo hace.

DÍA DE FIESTA

Aquel domingo se levantó mi mujer muy temprano, casi al amanecer. La pregunté a qué se debía este milagro, y ella me respondió gozosa que era día de fiesta y teníamos que madrugar.

—¡Madrugar! ¿Y para qué?

—¡Tomar para irnos de paseo.

Me eché a reír. Pero ella, sin hacer caso de mi risa.

—¿Qué vestido te parece que me ponga?

Yo la miraba con ansias de enamorado, sin pronunciar palabra. ¡Cuidado que mi Carmen era bonita! Buenos deseos me daban de saltar de la cama y comérmela a besos, y estos deseos debían salirseme de los ojos, cuando ella me dijo con voz emocional, riéndose sin embargo:

—¿Qué me miras? ¡Parece que quieres comerme!

¡Y vaya si me la hubiera comido!

Pero ella me interrumpió a lo mejor de mi delirio, gritando alegremente:

—¡Arriba, perezooso!

Y como yo tratara de protestar:

—¡Eso! ¡date tone! ¡Si tú tienes más ganas que yo!

Quise rebelarme, pero no me fue posible; mi mujer se dirigió a la cama, y tapándome la boca con una de sus manos, me repitió una frase que había aprendido sin duda en los papeles:

—¡Queda terminada esta discusión!

No tuve más remedio que someterme. Separé dulcemente de mis labios aquella manecita, que por lo fina parecía hecha de seda, y después de estrecharla un rato entre las mías y cubrirla de besos, salté de la cama.

Cogidos del brazo, como es usanza entre recién casados, nos dirigimos a la Florida.

Durante todo el camino fuimos charlando. ¡Qué placer más grande hablar por hablar!

Ella me escuchaba con mucha atención y me interrumpía a lo mejor para decirme:

—¡Pero cuánto sabes!

Por fin llegamos a la Florida. Aunque mi Carmen sentía algún cansancio, según me manifestó, quería ver al Santo antes de merendar (siempre había tenido gran predilección por San Antonio), y no hubo más remedio que entrar en la iglesia.

De seguro que si mis compañeros de taller me hubiesen visto, se hubieran reído de mí. Pero, afortunadamente, no había por allí ningún conocido. ¡Entrar un librepensador en la casa de Dios! ¡Pero qué cosas nos obligan a hacer las mujeres!

Después merendamos. La verdad es que los dos teníamos buen apetito y que la tortilla de jamón y la ensalada de escabeche que comimos nos supo a gloria. ¡Ea! ahora a dar otro paseo y a bailar un poco.

Por fin llegó la hora de retirarnos. Regresamos a pie y cogidos del brazo.

¡Qué corto se nos hizo el camino!

Cuando llegamos a casa, mi mujer me dice, suspirando lánguidamente, que está muy cansada.

Yo por hablar algo, y no sin mi miajita de intención, digo que después de comer debemos acostarnos y que de esa manera se nos quitará el cansancio.

Y así lo hacemos.

Mi mujer apaga la luz para desnudarse. Es una costumbre que en los dos meses que llevamos de casados no he podido quitarle.

Antes de acostarse me dice riendo:

—¡Qué bien vamos a dormir esta noche!

Yo la contesté:

—¡Sí; qué bien vamos a dormir!

Y sin saber por qué me siento satisfecho de mí mismo, y le declaro a mi mujer que soy muy feliz, todo lo feliz que puede ser un hombre...

Ella se echa a reír.

—¡Sí; pero no tanto como yo!

MIGUEL SAWA.

LIBROS

Para los aficionados.

Semblanzas de los toreros del día, por el marqués de Premio Real (*maestro Estokati*), prólogo de Luis Carmona y Millán.

Precio: dos pesetas.

El Ayuntamiento de Madrid, que alguna vez había de hacer algo bueno, ha publicado el sinete inédito de D. Ramón de la Cruz *El día del Corpus ó el refunfuñador*, cuya lectura recomendamos muy principalmente a los currinches de los teatros por horas.

Para que sepan esos señores lo que es escribir.

Imprenta de Antonio Marzo, Calle de las Pozas, 12.